

¿Somos necesariamente contradictorios?

*Newton Cunha*

Lo que la filosofía denominó dialéctica, desde Heráclito y Platón hasta Hegel y Marx, parece convenir, a lo largo de la historia de todas las sociedades, con el pensamiento y la acción de los hombres. Me refiero al hecho de que convivamos tanto con el amor y la compasión de Francisco, como con el odio y la crueldad de Fálaris, con la medida y la templanza (*sofrosine*) y con la desmedida y la petulancia (*hybris*).

Heráclito (siglos VI y V a. C.) se convenció de que nada es enteramente rígido, que todo está entrelazado y nada permanece (πάντα χωρεῖ καὶ οὐδὲν μένει, según cita Platón en el Crátilo), o que los fenómenos de los mundos, humanos y naturales, ocurren por flujos y reflujos, y no por una identidad inalterable. Y ese paso continuo, de una cosa a otra, no sería más que transformarse en su contrario. Lo visible se haría invisible, el orden, desorden y viceversa. Sombra y claridad, bien y mal, acción y reacción, principio y fin constituirían un eterno relevo. Por eso, "el combate es el padre de todas las cosas y, de todas, el rey; y todo sucede según la discordia y la necesidad; pues el cambio de uno conduce al otro, y recíprocamente" (fragmentos 53, 80 y 88). Finalmente, el todo se revelaría justamente por la unidad de los contrarios. Así, los principios de la dialéctica, ya en su nacimiento, se fundaron en las ideas de oposición y de transformación y, con ellas, somos inducidos a ver los fenómenos naturales y humanos como realidades al mismo tiempo efímeras y contradictorias.

En cuanto a la dialéctica en Platón, ésta constituye, a diferencia de la de Heráclito, solo un método de investigación que nos permitiría entrar en la esencia de las cosas, es decir, recordar las Ideas (las realidades esenciales, incondicionales e inmutables que el alma ya habría vislumbrado) a través de un juego de preguntas y respuestas, de pros y contras (bajo la influencia de los sofistas, sus contemporáneos, expertos en discusión). O aún de un diálogo

espiritual interior, en el cual se oponen afirmaciones y negaciones, siendo el Bien la más elevada de las Ideas, fundamento de todo conocimiento y de todas las demás a él relacionadas. Es que la razón busca superar los atributos de los objetos y de los fenómenos que son, por experiencia, perecederos y mutables. Si una cosa es bella o grande, o útil, estas cualidades (belleza, grandeza, utilidad) desaparecerán con la decadencia o extinción de la cosa a que se refieren. Pero la Idea (εἶδος, ἰδέα) de Belleza, independientemente de la experiencia limitada y del tiempo, es posible ser aprehendida en su perfección y pureza, liberada de restricciones y de imperfecciones naturales.

Y no deja de ser dialéctica la frase de Sócrates, maestro de Platón, según la cual «una cosa sé: que nada sé» (ἐν οἷδ᾽ ὅτι οὐδὲν οἷδ᾽ – Menón, 80d,3-1), ya que para distinguir lo que se sabe de lo que no se sabe es necesario, ante todo, ser consciente de lo que es el saber, tanto en su forma fundamentada y pertinente (episteme), como en su forma meramente subjetiva, incierta e incluso caprichosa (doxa).

La concepción más característica de la dialéctica, como acción intrínseca a los fenómenos materiales o espirituales, resurgió con fuerza en las ideas del teólogo luterano Jacob Böhme. Según él, Dios contiene en sí mismo una polaridad de fuerzas opuestas: por un lado, Él es la Nada, un abismo insondable e indeterminado, del que, sin embargo, brota un deseo irreprimible de vida, a través del cual toman forma las diversas realidades en las que se despliega la Creación. En sus propias palabras: “¿Qué es el abismo de todas las cosas, donde no hay criatura, es decir, la Nada abismal? Es la morada de la unidad divina, pues la apertura [das *Auf-thun*], es decir, la unidad o el ser propio de la Nada [das *Ichts des Nichts*], es Dios mismo. El florecimiento es la unidad, un eterno vivir y fluir [Wellen]: voluntad [Wille] pura que no tiene nada que desear salvo a sí misma” (*Questioni Theosofiche, ovvero esame della divina rivelazione in 177 domande*, II, 1, Edizioni Scientifiche Italiane, 1996). Dios abarca en sí mismo el bien y el mal, el espíritu y la materia, la luz y las tinieblas, reconociendo lo positivo de lo negativo. El zapatero teólogo añade: «Que el lector sepa que todas las cosas consisten en el Sí (*Jah*) y en el No (*Nein*), ya sean divinas o diabólicas, terrenales o de cualquier otro tipo. El Uno, es decir, el Sí, es pura fuerza (*Kraft*) y vida y la verdad de Dios, o Dios mismo. Dios, sin embargo, sería incognoscible en sí mismo, y en Él no habría alegría, ni exaltación, ni sentimiento

sin el No. El No es su contrario, una fuerza de resistencia (Gegenwurf) al Sí y a la verdad. Para que la verdad se manifieste y sea algo, debe haber un contrario en el que la vida eterna sea activa, sensible y dispuesta» (ídem, III, 2). De ello se deduce que la acción y la reacción, o la atracción y la repulsión, permiten el movimiento del universo, del mismo modo que, en las relaciones humanas, el bien y el mal, la fuerza y la debilidad, el mando y la subordinación conviven incorporados - conjuntamente y de forma opuesta - en la vida socioespiritual.

Este juego reaparece de forma crítica en dos obras de ficción del Renacimiento: en el poema “La nave de los necios” (*Das Narrenschiff*), de Sebastián Brant, y en el relato irónico y obra maestra de Erasmo de Róterdam, “Elogio de la locura” (*Moriae encomium*). Brant expone en 114 capítulos todos los vicios y comportamientos humanos opuestos a las virtudes: “No creas que nosotros, los insensatos, estamos solos: / Tenemos hermanos, grandes y pequeños; / En todas las tierras y lugares, / Infinita es nuestra cofradía” (XXV);<sup>1</sup> además de afirmar, entre otras muchas cosas, que “la riqueza es algo exquisito, pero depende del azar de la fortuna, que baila como la ruleta. Hermosa es la gloria del mundo, pero inconstante, de modo que se inclina ora hacia aquí, ora hacia allá. Un cuerpo bello es algo muy apreciado, pero tal vez no dure más que una noche; la salud nos es querida, pero puede escabullirse furtivamente como un ladrón. El vigor y la fuerza son admirables, pero, al final, sucumben a la enfermedad y a la vejez. Por eso, nada es tan duradero como la buena enseñanza” (Octavo Editora, 2010, pág. 39).

En cuanto a Erasmo, es como si el autor quisiera personificar la ambigüedad del hombre, mostrándolo al mismo tiempo, o alternativamente, como un ser inteligente e ignorante, *sapiens* y *stultus*. Y conviene aclarar que, para ambos autores, la locura o la insensatez significa *entregarse a las pasiones*:<sup>2</sup> la propia locura lo afirma: “Sabio es aquel que vive de acuerdo con las reglas de la razón, y loco, por el contrario, es aquel que se deja arrastrar al antojo de sus pasiones.

---

<sup>1</sup> Glaub nicht, wir seien Narrn allein;/ Wir haben Brüder groß und klein;/ In allen Landen, überall;/ Ist endlos unsre Narrenzahl.

<sup>2</sup> La pasión puede definirse de la siguiente manera: “Tendencia que tiene una emoción o un afecto no solo a orientar, sino también a dominar la personalidad del individuo, haciéndole actuar de forma intensa e irresistible y, por lo tanto, sometiendo a la razón a su fuerza. En términos generales, la emoción es un estado psíquico que, acompañado de dolor o placer, de atracción o repulsión, lleva al ser humano a atribuir un valor o importancia a un determinado objeto o situación vivida” (Diccionario Sesc, El lenguaje de la cultura, Ed. Perspectiva, 2001).

Por eso Júpiter, temiendo que la vida humana se volviera triste e infeliz, consideró conveniente aumentar mucho más la dosis de las pasiones que la de la razón” (Colección Los Pensadores, Abril Cultural, 1972, pág. 31). “Decidme si hay, por casualidad, un solo día en la vida que no sea triste, desagradable, fastidioso, aburrido... cuando no está animado por la voluptuosidad, por el condimento de la locura... ¡Qué bueno es vivir, pero sin sabiduría, pues esta es el veneno de la vida!” (ídem, pág. 23). “No contento con eso, Júpiter unió a la razón, que estaba sola, dos pasiones muy fuertes, que son como dos tiranos: la ira, que domina el corazón... centro de la vida; la otra es la concupiscencia, que extiende su imperio desde la más tierna juventud hasta la edad más madura” (ibíd., págs. 31 y 32). La naturaleza, quizá más sabia que sus criaturas, habría intentado con ello impedir que “la plaga de la sabiduría” se extendiera en exceso y reinara sola, de forma autocrática.

Al mismo tiempo, siempre según Erasmo, todas las cosas humanas presentarían dos aspectos, al igual que los silenos, cuya fisonomía exterior era tosca, pero cuyo alma se revelaba noble y, por ese motivo, lo que parece despreciable acaba mostrándose digno; pero lo que parece valioso puede resultar frívolo, y lo que da placer acabará siendo nocivo.

Así pues, en el texto de Erasmo, ninguna sociedad podría soportar únicamente los dictados de la razón. Es necesario que las emociones o los apetitos, que constituyen el alma sensible (en términos de Descartes), sean cómplices de esa convivencia, con el fin de suavizar la severidad o el frío orden racional, aunque este sea aquí necesario para la mejor convivencia posible en sociedad.

¿Y por qué? Por la sencilla razón de que los sentimientos y las pasiones, ya nazcan del cuerpo o del espíritu, son cosas naturales, y tratar de rechazarlas por completo es una tarea inútil.<sup>3</sup> Dice Descartes (Las pasiones del alma, Obras escogidas, Ed. Perspectiva, 2010): “Cabe señalar que, según lo que la naturaleza ha establecido, todas ellas [las pasiones] se relacionan con el cuerpo y se transmiten al alma solo en la medida en que esta está unida a él; de modo que su función natural es incitar al alma a consentir y a contribuir a las acciones que puedan servir para conservar el cuerpo o para hacerlo de algún modo más

---

<sup>3</sup> Un conocido proverbio francés expresa esta inutilidad: “Chassez le naturel, il revient au galop”.

perfecto” (artículo 137). Por lo tanto, existe de hecho un vínculo entre el alma y el cuerpo, “lo que demuestra que las cinco [pasiones] son muy útiles para el cuerpo, y aunque la tristeza se anteponga de alguna manera y sea más necesaria que la alegría, y el odio más que el amor, porque es más importante repeler las cosas que perjudican y pueden destruir que adquirir aquellas que aportan alguna perfección sin la cual se puede subsistir (artículo 137)... Por lo demás, el alma puede tener sus propios placeres; pero, en cuanto a los que comparte con el cuerpo, dependen enteramente de las pasiones: de modo que los hombres a quienes estas pueden conmover más son capaces de apreciar mayor dulzura en esta vida. Es cierto que también pueden encontrar en ella más amargura, cuando no saben emplearlas bien y cuando la fortuna les es adversa; pero la sabiduría resulta especialmente útil en este aspecto, porque enseña a las personas a convertirse de tal manera en sus amos y a manejarlas con tal destreza, que los males que causan resultan muy soportables, y se puede incluso extraer cierta alegría de todos ellos” (artículo 212).

Se ve, por lo tanto, que el estímulo que proporcionan las pasiones es necesario y beneficioso, siempre que la razón, o al menos el sentido común, lo modere en cierta medida o cantidad.<sup>4</sup> La virtud, por tanto, se encontraría en el medio (*virtus in medio est*) o, como expresa Pierre Le Moyne, “Corresponde [a la moderación] reducir las pasiones a la mediocridad, porque toda virtud, sea del orden que sea, tiene dos extremos opuestos, uno por exceso y otro por defecto; y la perfección consiste en encontrar el justo término medio entre uno y outro” (*Les peintures morales*, l. VII, c. I, ed. Pierre Mauger, 1659, p. 596).

Si, por un lado, hay personas que se dedican a adquirir un conocimiento objetivo y fundamentado, que se basan en experiencias pasadas, tanto personales como históricas, que valoran las virtudes, los principios éticos y el comportamiento moral, y que se consideran parte de un todo natural y social que debe ser tenido en cuenta con seriedad y respeto, hay muchos otros que prefieren dejarse llevar únicamente por una imaginación más burda que brillante,

---

<sup>4</sup> Las clasificaciones que se dan a las pasiones son diversas. Tomás de Aquino las distingue en ocho principales, a saber, por sus opuestos: alegría, tristeza, amor, odio, deseo, huida, miedo, audacia, esperanza, desesperación (no esperar nada) e ira o cólera. En cuanto a Descartes, la lista es mucho más extensa e incluye, además de aquellas «primitivas», otras «particulares», como: el desprecio y la estima, la generosidad y la avaricia, el orgullo y la humildad, la cobardía y la audacia, la gloria y la vergüenza, el disgusto y el arrepentimiento.

por supersticiones y abusos, por esperanzas que se sabe que carecen de fundamento, por palabrería vacía, por imposturas, vicios o delitos de los más diversos orígenes e intenciones, o incluso por un individualismo ciego, que encaja perfectamente en lo que se conoce como estupidez. Siguiendo con Erasmo, en estos casos se observa que “toda tontería, por muy burda que sea, siempre encuentra seguidores... y la ignorancia goza de dos grandes privilegios: uno que consiste en estar en perfecta sintonía con el amor propio, y otro que consiste en arrastrar consigo a la mayor parte del género humano” (ídem, pág. 79).

La llegada de Hegel al panorama histórico de la filosofía trajo consigo la idea de que la conciencia humana evolucionaría precisamente a través de sus conflictos y errores, de sus crisis y contradicciones, y que, de este modo, se iría volviendo, progresivamente, consciente de sí misma. Podemos leer, por ejemplo, el siguiente pasaje que nos parece esclarecedor al respecto: "Cualquier delito, cualquier error y, de manera más general, cualquier ser finito o cualquier pensamiento finito son contradicciones. Hasta tal punto que incluso hay que decir que no hay nada en lo que no exista una contradicción que, por supuesto, también se suprime, superándose de nuevo"... "El hecho de que las contradicciones se perciban, no con los ojos del cuerpo, sino con los ojos de la mente [significa]... que la mente, en general, tiene tales contradicciones en su conciencia que incluso las piensa. Esta propiedad debe ser también la causa de que se intente resolverlas: pero si no existieran, en ningún lugar, ni en la experiencia exterior, ni en la experiencia interior del pensamiento, no se podría sentir la tentación de resolverlas" – Reseña del libro *Idealrealismus* de L. J. Ohlert, en *Berliner Schriften*, a cargo de Johannes Hoffmeister, Felix Meiner Verlag, vol. 11, Hamburgo, 1956, pág. 408.

O también: “La propia experiencia cotidiana demuestra que hay una infinidad de cosas contradictorias, de instituciones contradictorias, etc. Y sus contradicciones no residen en una reflexión externa, sino en sí mismas... Hay que reconocer a los antiguos dialécticos las contradicciones que detectaban en el movimiento: pero de ahí no se deduce que el movimiento no exista. Al contrario, de ello se deduce, más bien, que el movimiento es la contradicción existente” (*Wissenschaft der Logik*, II, Felix Meiner Verlag, Hamburgo, 1963, pág. 58).

De este razonamiento se desprende que cada determinación del intelecto supone un contrario. Por ejemplo, la idea de lo uno conduce a la idea de lo múltiple; la de lo falso o mentiroso, a la de lo verdadero; la de lo lujoso, a la de la sencillez o la escasez; la de lo semejante, a la de lo diferente; la de lo particular, a la de lo universal; y la de lo individual, a la de lo colectivo. E inevitablemente contraponemos la oferta a la demanda, la producción al consumo, lo justo a lo injusto, lo bueno a lo malo, lo modesto a lo costoso, la guerra a la paz, y así sucesivamente.

Además, a través de la conciencia se produciría un movimiento vivo y natural de transición de un estado a otro, más perfeccionado, ya sea en el ámbito individual o en el mundo de la sociedad, en consonancia con el progreso del espíritu. Entiéndase el concepto de espíritu como todo aquello que está relacionado con el lenguaje y depende de él, de las normas sociales, de la vida económica, de las artes, de la ciencia, de las tecnologías y de la religión. Este automovimiento del espíritu es también una autorreflexión y, por ello, el espíritu no solo es uno y el mismo (*unum atque idem*), sino que se configura por su diversidad; y, como todo lo real puede ser aprehendido por la razón, todo lo real es racional, es decir, se deriva de una causa, no del azar, y viceversa. La conciencia se manifiesta, en un primer momento, de forma inmediata, hasta que se da cuenta de que ese carácter inmediato es precario e insuficiente. Al enfrentarse a aquello que la niega o la contradice, dicha percepción permite a la conciencia pasar a otro estado que puede denominarse desarrollo o momento de progreso del espíritu. En esa transición, sin embargo, la conciencia conserva lo que había de verdadero al pasar a un nuevo estado, ejerciendo así una acción que transforma más que elimina el pasado. Esa superación, que es también una conservación parcial del estado anterior, la expone Hegel en la *Enciclopedia de las Ciencias Filosóficas*, entre otras obras, en el siguiente pasaje: “Aquí hay que recordar el doble significado de nuestra expresión alemana *aufheben*. Por *aufheben* entendemos eliminar, negar, refiriéndonos, por ejemplo, a una ley o a una institución que han sido suprimidas. Por otro lado, *aufheben* también significa conservar, y en ese sentido decimos que algo está bien conservado, *wohl aufgehoben*” (*Erster Theil, Wissenschaft der Logik*, editado por Leopold von Henning, Berlín, pág. 191).

Estas breves consideraciones nos llevan a pensar que, a fin de cuentas, las realidades del mundo, de la vida y de las sociedades no siguen una línea recta e inmutable, ni se disponen en un terreno llano, fijo, ordenado y pacífico, sino en un campo de fuerzas que avanzan y retroceden, que surgen y desaparecen, y que lo transforman todo, de forma permanente. Por lo tanto, por mucho que deseemos la estabilidad o el crecimiento continuo de las cosas, el movimiento intrínseco y contrapuesto que las rige las convierte definitivamente en algo pasajero.